

## **Identidades asesinas. Extractos.**

Mis palabras son, sin duda, las de un migrante, y las de un minoritario. Pero me parece que reflejan una sensibilidad cada vez más compartida por nuestros contemporáneos. ¿No es característico de nuestra época haber convertido a todos los seres humanos, de algún modo, en migrantes y minoritarios? Todos estamos obligados a vivir en un mundo que se parece muy poco al terruño del que venimos, todos hemos de aprender otros idiomas, otros lenguajes, otros códigos; y todos tenemos la impresión de que nuestra identidad, tal como nos la venimos imaginando desde la infancia, se encuentra amenazada.

Muchos se han ido de su tierra natal, y muchos otros, sin irse, ya no la reconocen. Ello se debe sin duda, en parte, a una característica permanente del espíritu humano, que tiene una inclinación natural a la nostalgia, pero se debe también a que al acelerarse la evolución hemos recorrido en treinta años lo que antaño sólo se recorría en muchas generaciones.

Asimismo, la condición de migrante ya no es únicamente la de una categoría de personas separadas de su medio nutricional, sino que además ha adquirido un valor ejemplar. El migrante es la víctima primera de la concepción "tribal" de la identidad. Si sólo cuenta con una pertenencia, si es absolutamente necesario elegir, entonces el migrante se encuentra escindido, enfrentado a dos caminos opuestos, condenado a traicionar o a su patria de origen o a su patria de acogida, traición que inevitablemente vivirá con amargura, con rabia.

Antes de ser inmigrante, se es emigrante. Antes de llegar a un país se ha tenido que abandonar otro, y los sentimientos de una persona hacia la tierra que abandona no son nunca simples. Si se va es porque hay cosas que rechaza: la represión, la inseguridad, la pobreza, la falta de horizontes. Pero muchas veces ese rechazo está acompañado por un sentimiento de culpabilidad. Hay personas cercanas a las que siente haber abandonado, una casa en la que ha crecido, tantos y tantos recuerdos agradables. Hay asimismo lazos que persisten, los de la lengua o la religión, y también la música, los compañeros de exilio, las fiestas, la cocina.

Paralelamente, no son menos ambiguos sus sentimientos hacia el país de acogida. Si se ha ido a vivir a él es porque espera hallar allí una vida mejor, para sí mismo y para los suyos; pero junto a esa esperanza ve con recelo lo desconocido porque la relación de fuerzas es desfavorable para él; teme verse rechazado, humillado, está muy pendiente de toda actitud que denote desprecio, ironía o compasión.

El primer reflejo no es pregonar su diferencia, sino pasar inadvertido. El sueño secreto de la mayoría de los migrantes es que se los tome por hijos del país. Su tentación inicial es imitar a sus anfitriones, cosa que algunos consiguen. Pero la mayoría no. Al no tener el acento correcto, ni el tono adecuado en la piel, ni el nombre y el apellido ni los papeles que necesitarían, su estratagema queda pronto al descubierto. Muchos saben que no merece la pena ni siquiera intentarlo, y se muestran, por orgullo, como bravata, más distintos de lo que son. Hay incluso quienes -¿hace falta recordarlo?- van aún más lejos, y su frustración desemboca en una contestación brutal.

No me detengo así en los estados de ánimo del migrante sólo porque ese dilema me resulte personalmente familiar. También porque es en ese ámbito más que en otros donde las tensiones por causa de la identidad pueden conducir a las desviaciones más criminales.

En los muchos países en que hoy conviven una población autóctona, portadora de la cultura local, y otra llegada en tiempos más recientes con otras tradiciones distintas, se manifiestan tensiones que influyen en los comportamientos individuales, en el clima social, en el debate político. Es por eso aún más imprescindible que esas cuestiones tan pasionales se contemplen con cordura y serenidad.

La cordura es una estrecha senda que discurre por la cresta de una montaña, entre dos precipicios, entre dos concepciones extremas. En el caso de la inmigración, la primera de esas dos concepciones extremas es la que ve el país de acogida como una página en blanco en la que cada cual puede escribir lo que quiera, o peor aún, como un solar desocupado en el que cada cual puede instalarse con armas viejas y bagajes, sin cambiar lo más mínimo sus gestos ni sus costumbres. En la otra concepción extrema, el país de acogida es una página ya escrita e impresa, una tierra cuyas leyes, valores, creencias y características culturales y humanas ya se habrían fijado para siempre, de manera que los inmigrantes no tienen más remedio que ajustarse a ellas.

A mi juicio, estas dos concepciones son por igual carentes de realismo, estériles y nocivas. Podría decirse que las he presentado como una caricatura. No lo creo, por desgracia. Además, aun suponiendo que efectivamente así fuera, las caricaturas no son inútiles, pues nos permiten calibrar lo absurdo de nuestras posiciones si las lleváramos hasta sus últimas consecuencias; habrá quienes seguirán obstinándose, pero los que tienen sentido común darán un paso adelante hacia el evidente terreno del punto medio, es decir, que el país de acogida no es ni una página en blanco ni una página acabada, sino una página que es está escribiendo.

Su historia debe respetarse; y cuando digo historia lo digo como apasionado de la Historia, palabra que para mí no es sinónima de vana nostalgia ni de retrógrado apego al pasado, sino que muy al contrario comprende todo lo que se ha construido a lo largo de los siglos, la memoria, los símbolos, las instituciones, la lengua, las obras artísticas, cosas a las que legítimamente no podemos sentir unidos. Al mismo tiempo, todo el mundo admitirá que el futuro de un país no puede ser una mera prolongación de su historia; sería incluso desolador que un pueblo, cualquiera, venerara más su historia que su futuro; un futuro que se construirá con cierto espíritu de continuidad pero con profundas transformaciones, y con importantes aportaciones del exterior, como ocurrió en los grandes momentos del pasado.

¿No habré hecho hasta aquí enumerar evidencias con las que estamos de acuerdo? Es posible. Pero como las tensiones persisten, y se agravan, será entonces que esas verdades no son lo bastante evidentes ni están tan profundamente aceptadas. Lo que trato de extraer de esas brumas no es un consenso, sino un código de conducta o al menos una serie de cautelas para unos y para otros.

Para unos y para otros, insisto. En el planteamiento que yo suscribo hay constantemente una exigencia de reciprocidad, que es a un tiempo deseo de equidad y deseo de eficacia. Es con ese espíritu con el que me gustaría decirles, primero a los “unos”: “cuanto más os impregnéis de la cultura del país de acogida”.

Son dos “ecuaciones” que formulo de un tirón, pues “se sostienen entre sí”, inseparablemente, como en un taburete de tres patas. O, en términos aún más prosaicos, como las cláusulas sucesivas de un contrato. Pues la cuestión tiene mucho de contrato, efectivamente, de un contrato moral cuyos elementos ganarían al precisarse en cada caso particular: ¿qué es lo que, en la cultura del país de acogida, constituye el bagaje mínimo que toda persona se supone que ha de asumir, y qué es lo que legítimamente se puede discutir o rechazar? Lo mismo vale decir de la cultura de origen de los inmigrados: ¿qué componentes de ella merecen ser transmitidos al país de adopción como una dote de gran valor, y qué otros —qué hábitos, qué prácticas— deberían dejarse “en el vestuario”?

Es necesario plantear estas preguntas, y cada cual haga el esfuerzo de reflexionar sobre ellas, caso por caso, aun cuando las diferentes respuestas que se le puedan dar no sean nunca totalmente satisfactorias. Yo mismo, que vivo en Francia, no me atrevería a enumerar todo lo que, en la tradición de este país, debería ser aceptado por los que quieren tener en él su residencia; todas y cada una de las cosas que podría citar —un principio republicano, un aspecto del modo de vida, un personaje destacado, un lugar emblemático—, todas sin excepción, podrían legítimamente discutirse, pero sería un error sacar de ello la conclusión de que se puede rechazar todo a la vez. Que una realidad sea imprecisa, imperceptible y fluctuante no quiere decir que no exista.

Una vez más, la palabra clave es “reciprocidad”: si aceptado a mi país de adopción, si lo considero como mío, si estimo que en adelante forma de mí y yo formo parte de él, y si actúo en consecuencia, entonces tengo derecho a criticar todos sus aspectos; paralelamente, si ese país me respeta, si reconoce lo que yo le apporto, si a partir de ahora me concediera, con mis singularidades, como parte de él, entonces tiene derecho a rechazar algunos aspectos de mi cultura que podrían ser incompatibles con su modo de vida o con el espíritu de sus instituciones.

El derecho a criticar al otro se gana, se merece. Si tratamos a alguien con hostilidad o desprecio, la menor observación que formulemos, esté justificada o no, le parecerá una agresión que lo empujará a resistir, a encerrarse en sí mismo, difícilmente a corregirse; y a la inversa, si le demostramos amistad, simpatía y consideración, no solamente en las apariencias sino con una actitud sincera y sentida como tal, entonces es lícito en él lo que estimamos criticable, y tenemos alguna posibilidad de que no escuche.

¿Pienso acaso, al escribir estas palabras, en controversias como la que se ha producido en varios países sobre el “velo islámico”? No es lo esencial, aunque sí estoy convencido de que los problemas de ese tipo serían más fáciles de resolver si las relaciones con los inmigrados se abordaran con un espíritu distinto. Cuando sienten que su lengua es despreciada, que su religión es objeto de mofa, que se minusvalora su cultura, reaccionan exhibiendo con ostentación los signos de su diferencia; cuando por el contrario se sienten respetados, cuando perciben que tienen un sitio en el país que han elegido para vivir, entonces reaccionan de otra manera.

Para ir con decisión en busca del otro, hay que tener los brazos abiertos y la cabeza alta, y la única forma de tener los brazos abiertos es llevar la cabeza alta. Si a cada paso que da una persona siente que está traicionando a los suyos, que está renegando de sí misma, el acercamiento al otro estará viciado; si aquel cuya lengua estoy estudiando no respeta la mía, hablar su lengua deja de ser un gesto de apertura y se convierte en un acto de vasallaje y sumisión.

Volviendo brevemente a la cuestión del “velo”, estoy seguro de que se trata de un comportamiento nostálgico y retrógrado. Podría extenderme mucho para explicar porqué pienso así, a la luz de mis convicciones y recordando diversos episodios de la historia del mundo árabe musulmán y de la larga lucha de sus mujeres por la emancipación. Pero sería inútil, pues no está ahí el meollo de la cuestión. No está en saber si nos enfrentamos a un conflicto entre arcaísmo y modernidad, sino en saber por qué, en la historia de los pueblos, la modernidad, sino en saber por qué, en la historia de los pueblos, la modernidad se ve a veces rechazada, por qué no se percibe siempre como un avance, como una evolución positiva.

Es una reflexión sobre la identidad, esta pregunta es esencial, y lo que es hoy más que nunca. Y el ejemplo del mundo árabe es a este respecto sumamente revelador.

(...)

Para los habitantes de cualquier zona del planeta, toda modernización significa hoy occidentalización, tendencia que los avances técnicos no hacen sino acentuar y acelerar. Es verdad que aquí y allá encontramos monumentos y obras que llevan el sello de civilizaciones específicas. Pero todo lo nuevo que se crea- ya sean edificios, instituciones, herramientas del conocimiento o formas de vida – se crea a imagen de Occidente.

Esta realidad no la viven del mismo modo quienes han nacido en el seno de la civilización dominante y quienes han nacido fuera de ella. Los primeros pueden transformarse, avanzar en la vida, adaptarse, sin dejar de ser ellos mismos; se podría decir incluso que, en el caso de los occidentales, cuanto más se modernizan más en armonía se sienten con su cultura, y sólo se quedan desfasados los que rechazan la modernidad.

Para el resto del mundo, para todos los que han nacido en el seno de las culturas derrotadas, la capacidad de recibir el cambio y la modernidad se plantea en otros términos. Para los chinos, los africanos, los japoneses, los indios de Asia o los de América, tanto para los griegos y los rusos como para los iraníes, los árabes, los judíos o los turcos, la modernización ha significado siempre abandonar un aparte de sí mismos. Aún cuando en ocasiones ha provocado entusiasmo, el proceso no se ha desarrollado nunca sin una cierta amargura, sin un sentimiento de humillación y de negación. Sin una dolorosa interrogación sobre los riesgos de la asimilación. Sin una profunda crisis de identidad.

Cuando la modernidad lleva la marca del “Otro”, no es de extrañar que algunas personas enarboles los símbolos del arcaísmo para afirmar su diferencia. Lo vemos hoy en algunos musulmanes, hombres y mujeres, pero el fenómeno no es exclusivo de ninguna cultura ni de ninguna religión.

En Rusia, por ejemplo, hubo que esperar a la revolución bolchevique para que se renunciara finalmente al viejo calendario juliano. Porque parecía que sumarse al empleo del calendario gregoriano significaba reconocer que, en el forcejeo casi milenar entre la religión ortodoxa y la católica, era ésta quien había tenido la última palabra.

¿Era sólo un símbolo? En la historia todo se explica con símbolos. La grandeza y la sumisión, la victoria y la derrota, la felicidad, la prosperidad, la miseria. Y más que ninguna otra cosa, la identidad. Para que se acepte un cambio no basta con que éste se ajuste al espíritu de la época. Es necesario también no herir en el plano simbólico, no darles a quienes se quiere hacer cambiar la impresión de que reniegan de sí mismos.

En Francia vengo observando desde hace unos años, entre algunos de mis amigos más próximo, una cierta tendencia a considerar la mundialización como una plaga. Ya no hablan tan maravillados de la “aldea global” y se apasionan sólo moderadamente con Internet y los últimos avances de las comunicaciones. Y es porque para ellos mundialización es sinónimo de americanización; se preguntan por el lugar que ocupará Francia el día de mañana en este mundo que se está uniformizando aceleradamente, qué va ser de su lengua, su cultura, su prestigio, su irradiación exterior, su estilo de vida; se irritan cuando en su barrio se instala un *fast food*, echan pestes contra Hollywood, La CNN, Disney y Microsoft, y rastrear en los periódicos los más mínimos giros sospechosos de anglicismo.

Si he puesto este ejemplo es porque revela, a mi juicio, de qué manera, incluso en Occidente, incluso en un país desarrollado en la cultura abierta y universalmente respetada, la modernización se hace sospechosa desde el momento en que se percibe como el caballo de Troya de una cultura extranjera dominante.

Es fácil imaginar entonces, *a fortiori*, lo que han podido sentir los diversos pueblos no occidentales para los que, desde hace ya muchas generaciones, cada paso que dan en su existencia está acompañado por un sentimiento de capitulación y de negación de sí mismos. Han tenido que reconocer que su técnica estaba superada, que todo lo que se producían no valía nada en comparación con lo que se producía en Occidente, que seguir persiguiendo practicando la medicina tradicional era muestra de superstición, que su poderío militar no era más que un recuerdo del pasado, que sus grandes hombres a los que habían aprendido a venerar, los grandes poetas, los sabios, los soldados, los santos, los viajeros, no significaban nada para el resto del mundo, que su religión era sospechosa de barbarie, que sólo unos cuantos especialistas estudiaban las lenguas de los demás si querían sobrevivir, trabajar y mantenerse en contacto con el resto de la humanidad... Cuando hablan con un occidental, es siempre en la lengua de él, nunca en la suya propia; en el sur y en el este del Mediterráneo hay millones de personas que saben inglés, francés, español o millones de personas que saben inglés, francés, español o italiano. En la orilla, ¿a cuántos ingleses, franceses, españoles o italianos les ha parecido útil estudiar árabe o turco?

Si, en cada paso que dan en la vida chocan con una decepción, una desilusión, una humillación. ¿Cómo no van a tener la personalidad magullada? ¿Cómo no van a sentir que su identidad está amenazada? ¿Cómo no van a tener la sensación de que viven en un mundo que les pertenece a los otros, que obedece a unas normas dictadas por los otros, un mundo en el que ellos tienen algo de huérfanos, de extranjeros, de intrusos, de parias? ¿Cómo evitar que algunos tengan la impresión de que lo han perdido todo, de que ya no tienen nada que perder, y lleguen a desear, al modo de Sansón, que el edificio se derrumbe, ¡oh, Señor!, sobre ellos y sus enemigos?

Fuente: Maalouf, Amin (1999): *Identidades asesinas*. Madrid. Alianza editorial. (pp 51-58; 88-91).

